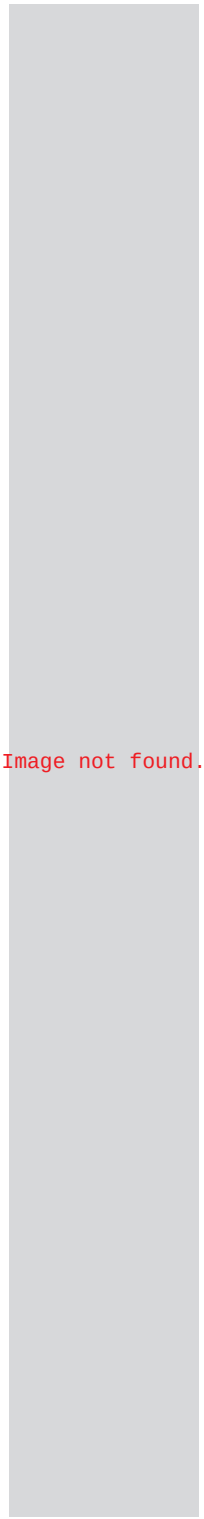
Las vacas sagradas de Laradims

Marvil Hills



Capítulo 1

LARADIMS

1

Ya habían brotado los primeros capullos de la primavera en la aldea de Tapalpa. Como cada año, un olor dulzón inundaba sus calles; en aquella época ni siquiera se escuchaba el continuo tránsito de los coches yendo y viniendo, era como si el pueblo entero estuviese sumido en un placentero sueño.

En tal pintoresca aldea nació y creció Félix. Sin duda alguna, Félix era un personaje de aspecto repulsivo que casi rozaba lo grotesco. Sus ojos eran gordos y de color zafiro; su boca, grande y sucia, de ella caía una espesa barba rizada que recordaba a la de un vagabundo.

Félix también era chaparro, su cuerpo cuadrangular y su pelaje rosado. Era de ahí de donde provenía el sobrenombre, "Félix Pelo de Fresa". Sin embargo, su personalidad hacía que todos estos defectos físicos se tornaran en virtudes.

Félix era ruin y avaricioso, no causaba en él gran desconcierto engañar a otras personas si era por su propio beneficio, era también arrogante e irrespetuoso.

2

Félix vivía con su abuelo, este había sido uno de los hombres más sabios de Tapalpa, sin embargo, no fue capaz de conservar ese regalo entrada la vejez. Y fue así que Félix abandonó la casa de sus padres para asentarse en la del anciano, con la excusa de velar por él.

Mañana mismo cumpliría un año viviendo en la vieja casa de su abuelo, pensó Félix mientras descansaba en la pradera cerca del rio Sijú. La cantinela del rio lo estaba adormeciendo, así que decidió volver a casa antes de caer completamente dormido. Félix estimó que ya sería cerca de medianoche, por lo que entró silenciosamente en la casa para no despertar a don Pedro, su abuelo.

Torpemente en la oscuridad de la habitación, pudo enfundarse su pijama de noche y finalmente alcanzar la cama. Se percató de que don Pedro tenía los ojos abiertos, así que preguntó: - ¿Abuelo, como es que está usted despierto a estas horas?

-No necesito ya dormir a mi edad.

- Abuelo debería usted dormir algo al menos.

- Ya dormiré suficiente cuando me muera.

- Lo que usted diga abuelo.

- Félix hijo, ¿te gustaría escuchar alguna de esas historias que solía contarte cuando eras un niño?

Su abuelo siempre le había contado historias, muchas de ellas sobre reinos lejanos, dragones, caballeros y princesas o sobre poderosísimos brujos. Félix nunca había creído que fueran reales, pero las apreciaba igualmente.

- Está bien abuelo cuéntame una.

3

Félix no podía quitárselo de la cabeza. Anoche su abuelo le había contado una historia cualquiera; no le habría dado mayor importancia si no hubiera sido porque don Pedro estaba diferente la noche anterior, él se dio cuenta de que su abuelo narraba el relato de una forma distinta, como si realmente estuviera sintiendo lo que decía; de hecho, don Pedro aseguró que no estaba bromeando, que se trataba de una historia cierta. Su abuelo le había hablado sobre una poción que concedía la inmortalidad a todo aquel que bebiera de ella.

Félix salió a dar un paseo por la plaza mayor del pueblo, con el único objetivo de despejar la mente. La plaza estaba llena de niños divirtiéndose y de mayores rehuyendo de sus quehaceres. Se fijó en los niños, estos le recordaron a las frías tardes de invierno de cuando era un crio, y salía del colegio junto a su pandilla para jugar a fútbol en aquella misma plaza, le vino a la cabeza también, como rápidamente olvidaban el aire gélido característico de esa estación cuando comenzaban a dar puntapiés a la pelota.

Uno de los niños le era familiar, se trataba de un niño fornido y crecido, de pelaje pardo y mirada huidiza. Finalmente lo recordó, era el nieto de un antiguo amigo de don Pedro. El abuelo de aquel niño era un hombre que al igual que don Pedro había sido ingenioso como un zorro y que sin embargo ahora apenas sí podía reconocer su propia casa. Félix decidió seguir observando al niño.

Diez minutos más tarde el niño estaba abandonando la plaza, Félix se apresuró a seguirle. La puerta se abrió y un viejo se encontraba tras ella,

- ¡Cómo vuelves tan tarde Juanito, la comida se te va a quedar fría!

- Lo siento abuelo, me distraje jugando con la pelota en la plaza.

- No te preocupes, entra para la casa y siéntate en el comedor que ya están todos esperándote.

Félix contemplaba con curiosidad la escena sentado en un banco cercano al domicilio. Sin duda, aquel era el viejo amigo de su abuelo, pensó que quizá él supiera algo de aquella poción de la que hablaba don Pedro. Félix emprendió su regreso a casa con la intención de volver aquella misma tarde a la vivienda del viejo.

4

No había pasado siquiera una hora desde que Félix había almorzado cuando llegó a la casa del viejo, se decidió a llamar a la puerta; y tras unos segundos pudo escuchar un torpe y lento movimiento aproximándose a la entrada, finalmente la puerta se abrió y el anciano volvía a encontrarse en la misma posición de aquella mañana.

- ¡Cuantísimo tiempo Félix!

- Muy buenos días don Federico.

- Pasa hijo, no te quedes en la puerta.

- Gracias

Las paredes tenían la pintura descorchada, y el suelo de tablones crujía estrepitosamente a cada paso que daban. Don Federico condujo a Félix hasta el salón de la casa e hizo un ademán para que tomara asiento.

- ¿Que tal va todo, hijo?

- No puedo quejarme

- Siempre fuiste muy avispado, ¿eh? (Don Federico reía amistosamente) Bueno Félix dime, ¿hay algún motivo especial en tu visita?

- De hecho sí, mi abuelo se pasó la noche hablándome sobre una curiosa bebida que al parecer concede la inmortalidad; ¿sabe usted algo sobre ello?

Don Federico vaciló por un momento, pero finalmente respondió.

- Ese viejo truhan te lo ha contado, ¿eh? (su voz comenzó a quebrarse) bueno, supongo que ya no tiene sentido ocultarlo más ¿no?- dijo

echándose de nuevo a reír toscamente.

Félix estaba confuso, ¿acaso era un secreto la historia de aquel brebaje?

- Me figuro que ya debes saber que allá cuando Pedro y yo éramos todavía jóvenes lozanos y de buen ver (soltó entonces una sonora carcajada) teníamos la malsana afición de explorar parajes inhóspitos. Bueno, pues un día caminando más allá del límite de la Región Amarilla, topamos con un misterioso castillo en la cumbre de una colina.

Tu abuelo, que siempre fue un "cabra loca", insistía en ir, pero yo que era más prudente, no lo tenía tan claro. Al final Pedro me convenció y fuimos. Nos encontramos con el portón abierto, así que nos decidimos a entrar.

Te digo Félix que ojala nunca hubiéramos cruzado aquella puerta, ¡El castillo estaba habitado por vampiros!… Nos habíamos adentrado en la Región Negra sin saberlo. Los "chupasangre" nos encerraron en las mazmorras por diez noches, con el único sustento de una cantimplora, que sagazmente pude ocultar en una de mis botas, y algunas ratas, a las que raramente conseguíamos dar caza. Allí estuvimos hasta que nos llevaron en presencia del Vampiro Rey.

Este pretendía devorarnos; Ay Félix, hijo (dijo suspirando) sino llega a ser por esta elocuencia mía, no te estaría hablando yo ahora. El caso fue que le caímos en gracia y decidió perdonarnos la vida; nos acomodó en una alcoba bien apañada y nos dio buena manutención.

Ese vampiro llegó realmente a apreciarnos, charlábamos con él día sí día también; fue tal la confianza que un día nos reveló su mayor secreto, su inmortalidad. Recuerdo como sacó del cajón de una mesilla un frasquito púrpura de cristal y nos contó que cada noche dejaba caer sobre su lengua una gota de ese frasco, que era así como conseguía evadir la muerte desde hacía siglos; nos hizo prometer a Pedro y a mí que nunca revelaríamos su secreto, y ya ves (dijo desternillándose de la risa). Una semana después nos dejo marchar.

5

El soliloquio de Federico dejó de piedra a Félix. En la Región Amarilla, conformada por Tapalpa y otros nueve pueblos similares, la gente conocía la existencia de las demás regiones, como la Negra, la Roja y la Azul. Sin embargo todo el mundo asumía que aquellas zonas se encontraban completamente despobladas tras ser declaradas no aptas para la vida unos cien años atrás.

Félix no podía creer que aquel anciano estuviese diciendo, no solamente que la Región Negra estaba habitada, sino que en ella vivían vampiros. Criaturas que casi nadie había visto, y que definitivamente mucha gente

ponía en duda su existencia.

- ¿Qué ocurre Félix?, pareces sorprendido.

- ¿Y que esperaba usted don Federico con tal historia?

Don Federico rió hasta la saciedad.

- No te falta razón hijo, pero te aseguro que todo lo que te he contado es cierto al pie de la letra.

- Es difícil de creer don Federico.

- Piensas que soy un mentiroso, ¿eh?

- No creo que usted tenga mala intención. A su edad es fácil que las memorias se entremezclen, y no se diferencie lo que es real y lo que no.

En el rostro de don Federico se dibujó una extraña mueca.

- ¡Yo he visto a esos vampiros con mis propios ojos, su mirada sangrienta y sus colmillos afilados como navajas! Y ahora tú, estúpido crio, me dices que no sé de lo que estoy hablando, anda y lárgate de mi casa – Gritó don Federico furioso.

Félix volvía molesto después de haber malgastado una tarde escuchando los disparates de aquel viejo chiflado. Al cabo de unos minutos llegó a casa y cerró de un portazo, su abuelo estaba sentado en una silla viendo la televisión.

- Félix, cuidado con la puerta que ya está muy vieja.

Félix sin responder a su abuelo se encerró en su cuarto hasta que más tarde este lo volvió a llamar para tomar la cena.

- Toma hijo, te he preparado un sándwich.

- Gracias abuelo.

- Siéntate a comerlo ya si quieres, que yo ahora me preparó otro, ¿vale?

- Como usted quiera.

Félix se sentó en el orejero del salón y comenzó a dar desganados mordiscos al emparedado. Al cabo de un rato su abuelo lo acompañó.

- ¿Qué tal fue el día?- preguntó don Pedro sonriendo.

- No estuvo mal.

-¿Fuiste a algún sitio?

- Estuve charlando con don Federico en su casa.

- ¿Mi amigo?

- Sí

- No me figuro que puede interesarte de ese carcamal.

- Sinceramente, está chalado, ¿recuerdas lo que me contaste sobre la poción esa?, pues me ha dicho que era de un vampiro que os tuvo encerrados en un castillo por varios días y que estuvo a punto de mataros y no sé que más estupideces.

- Hombre no Félix, eso sí que es cierto; será una de las pocas cosas que se acuerde.- dijo don Pedro dejando escapar una pícara risa.

- ¿Cómo que cierto?

- Sí, hombre sí, mira anda que te enseño unas cosillas que todavía conservo de allí.

Don Pedro se incorporó, se acercó a la estantería y alcanzó una polvorienta caja de cartón.

- Mira hijo este es un plano de cómo llegar al castillo, lo dibujó Federico.

- Entonces… ¿era verdad?

- Claro, también conservo este colmillo de vampiro que encontré en la celda- dijo mientras continuaba rebuscando en la caja.

Félix examinó detenidamente el diente, no parecía una imitación de esas que vendía Jacobo en su tienda de “objetos mágicos”.

-¿Saben mis padres algo sobre esto?

- No recuerdo habérselo contado a nadie antes, un vampiro nos lo prohibió, ¿sabes?

Félix no podía conciliar el sueño, después de todo, la historia realmente había sucedido. En lo más profundo de su ser la voz de la curiosidad le gritaba que agarrara el mapa y fuera al castillo. Se levantó de la cama y fue a por un vaso de agua, mientras bebía observaba detenidamente el mapa de su abuelo, reposando todavía en la mesa del salón; el resto de objetos ya habían vuelto a la caja, solo el mapa seguía allí.

Se sentó en una silla y tomó el plano, este mostraba el camino desde la frontera de Tapalpa hasta castillo de los vampiros, había sido trazado con todo lujo de detalles. En una de las esquinas encontró un epígrafe que rezaba la frase: *"Si vives cada día de tu vida como si fuera el último, algún día tendrás razón."*, Félix no pudo reprimir una sonrisa, seguramente su abuelo y don Federico tomaron esa frase como un aviso a su entonces peligrosa afición.

Félix comenzó a reflexionar entonces. Se dio cuenta de que tras veintidós años de vida, seguía sin poder encontrar nada de lo que sentirse orgulloso; lo único que había hecho era desperdiciar cada día y aprovecharse de su abuelo.

Aquel mapa parecía una señal proponiéndole una vida mejor, una vida de aventuras, una vida de riquezas quizá. Si permanecía en Tapalpa acabaría desempeñando alguno de aquellos aburridos trabajos tan comunes en la zona; carpintero, tendero, panadero,…

Aquella no era una vida para Félix, él siempre había sido ambicioso y no podía conformarse ahora con un destino tan miserable. Y fue así como, Félix Pelo de Fresa tomó el mapa y una bolsa de cuero, y emprendió su viaje.

El Castillo

7

No se había puesto el sol todavía cuando Félix llegó a la frontera de Tapalpa, volvió la mirada atrás y observó por unos segundos el pueblo donde había permanecido desde su nacimiento; sonrió y escupió en el suelo.

Félix caminaba alegre por un espeso bosque mientras ojeaba intermitentemente el mapa, comprobando que iba en buena dirección. El bosque ganaba belleza durante el alba, pensó Félix. El rocío impregnado en los pinos destellaba con los primeros rayos del sol y el aroma a resina era tan intenso que hacía difícil respirar.

De pronto, Félix escuchó una voz femenina cantando, miró en todas direcciones pero no veía a nadie; la voz parecía susurrarle:

laradims…laradims.

No le dio mayor importancia y continuó su viaje. Siguió al pie de la letra el plano de su abuelo; atravesó pueblos, montañas y puentes colgantes hasta que finalmente en lo alto de una colina vislumbró un castillo.

8

Félix siempre había imaginado las otras regiones como lugares mágicos, con paisajes inverosímiles alejados de la mano destructora del hombre; y sin embargo, aquel páramo contrastaba enormemente con todo aquello. Se encontraba en un inmenso terreno pedregoso cubierto de brizna y barro seco a partes iguales. En aquel páramo lo único que despuntaba era aquella solitaria colina.

Félix decidió entonces hacer una breve pausa para descansar, se acomodó en una roca y tomó un trago de su cantimplora. En aquella hora del día el sol era abrasador; se humedeció la cara con la poca agua que le quedaba, pero el alivio no duró mucho. El desamparo del lugar lo entristecía casi sin darse cuenta, solo se escuchaban los aislados graznidos de cuervos en la lejanía como cláxones borrosos. Unos minutos después, Félix se levantó y comenzó a caminar hacia la colina.

Una vez al pie de ella se extrañó, la pendiente era más encaramada de lo que había supuesto, así que rodeó la colina en busca de un camino sencillo y fiable. No muy lejos, semienterrado por la arena arcillosa encontró el cabo de una cuerda. Tiró de él y descubrió una cuerda mucho mayor que comunicaba con la cima., Félix la agarró y lentamente fue ascendiendo por la ladera.

9

La colina no era excesivamente alta, pero desde su cumbre era posible ver gran parte del lugar, Félix comprobó con asombro como los árboles desaparecían progresivamente una vez sobrepasado el límite entre las regiones Negra y Amarilla, los pocos que quedaban tras la frontera estaban podridos.

Sus manos estaban repletas de ampollas tras la subida; pero esto no parecía importarle ahora, ya que por fin se encontraba en frente del castillo, sin embargo, era muy diferente a como él lo había imaginado. Aquel fortín no despertaba ningún terror; había fantaseado durante todo el camino con llegar al castillo durante una noche fría, con el viento zarandeando las ramas de los árboles, con un castillo prominente, con ventanas iluminadas desde las cuales se distinguieran sombras danzantes. Pero el castillo real era simplemente viejo y decrépito, parecía un lugar

inhabitado desde hacía muchos años.

Se acercó a la puerta y trató de abrirla, esta vez estaba cerrada. Trató de forzarla pero no cedía, finalmente con una piedra golpeó la madera rancia hasta destrozar varios tablones, dando lugar a un estrecho agujero. Félix se deslizó por él.

10

Frente a los ojos de Félix se extendía hasta el infinito un inmenso y lúgubre pasillo, era algo extraño, pues desde fuera el castillo no parecía demasiado grande. Comenzó a andar lentamente por la descolorida alfombra escarlata mientras volteaba casi constantemente la cabeza para comprobar que nada lo seguía; el techo era demasiado bajo para una persona, y a medida que avanzaba, la poca luz que se filtraba por la puerta se iba disipando.

-No parece que esté habitado- pensó Félix. Había llegado un punto en el que el pasillo estaba completamente a oscuras y Félix caminaba a ciegas.- ¿Tendrá fin este pasillo?- se volvió a preguntar a sí mismo, realmente empezó a dudarlo pues llevaba al menos diez minutos andando. Las polvorientas paredes del pasillo desprendían un olor nauseabundo que intoxicaba el ambiente y hacían del recorrido una pesadilla.

Cayó de pronto Félix al suelo, no podía parar de toser, la caída provocó una nube de polvo que empeoró la situación. Envuelto en la polvareda sintió Félix una corriente helada, miró en todas direcciones pero no veía nada. Entonces comenzó a escuchar risas.

- ¿Quién anda ahí?

Las carcajadas se escuchaban más nítidamente, Félix se levantó y comenzó a correr hacía la puerta. Las risas lo perseguían, súbitamente cayó de nuevo y supo que no volvería a levantarse.

Una masa de aire gélido lo envolvió, trató de moverse pero la masa se lo impedía. De ella apareció una mano borrosa que inmediatamente volvió a desaparecer; Félix pensó que se había vuelto loco, cerró los ojos con la esperanza de despertarse en la casa de su abuelo, volvió abrirlos y se quedó inmóvil, sintió que hasta la sangre de sus venas se había detenido.

Ante Félix, un espectáculo atroz. Las paredes se encontraban ahora tapizadas con miles de caras deformes que miraban fijamente a Félix. Él contemplaba inmóvil lo que sucedía, las caras comenzaron a despegarse y a tomar forma, eran figuras translúcidas con ojos luminosos.

Aquellos seres se fueron acercando a él hasta envolverlo por completo y

por fin se había cumplido su fantasía.

11

- Pobrecito, es muy joven.

- Es una verdadera lástima doña Julia.

- Échale una monedita anda.

El murmullo de las voces despertó a Félix.

- Oh mira, se ha despertado.

- Tiene usted razón doña Julia.

- ¿No tienes familia querido?- preguntó doña Julia dirigiéndose a Félix.

Félix se levantó y a continuación se frotó los ojos para despabilarse.

- Sí señora, por supuesto, vivo en Tapalpa con mi abuelo.

- ¡Oh Tapalpa!, un pueblo precioso, nosotros venimos de Laradims.

- Bueno, entonces no creo que vayas a necesitar esta limosna- cortó don Gabriel mientras recogía las monedas.

- ¡Dios mío Gabriel!, devuelve esas monedas al chiquillo, aunque no sea un vagabundo tampoco le hará ningún un mal un poco de calderilla.

- Aquí tienes muchacho- declaró finalmente el hombre.

Félix aceptó las monedas gustosamente.

-¿Cómo se llaman ustedes?- les preguntó.

- ¡Oh que educado es!, yo me llamo Julia, y este es mi marido Gabriel.

- Mucho gusto- contestó Félix forzando una sonrisa.

- ¡El placer es nuestro, cariño!, ¿Y cuál es tu nombre?

- Félix.

- ¡Que nombre tan hermoso!, pues dime Félix, ¿te gustaría venir con nosotros a la boda de nuestra hija?

- No estoy muy seguro de que haya sitio para más invitados doña Julia- manifestó don Gabriel.

- ¡Calla idiota! Uno más no causará problema.

- ¿Donde será celebrada la boda?- preguntó Félix.

- En la iglesia de Setula, muy cerca de aquí.

- Está bien iré con ustedes.

-¡Que alegría!

12

El extraño matrimonio comenzó a caminar; y Félix, con ellos. Don Gabriel era un hombre mayor, de unos setenta años; encorvado y mustio, vestía un imponente traje de franela y una despampanante chistera. La mujer, doña Julia, era coqueta y vestía más juvenilmente. Mientras charlaban entre ellos, un hombre que cargaba con una pila de libros los saludó.

- Buenos días don Luís, ¿Viene usted a la boda?- preguntó doña Julia.

- ¿Qué boda?

- ¡La de mi hija!

- A esa no me invitaron, voy a la de primo Jacobo.

- ¿Y para que lleva ese montón de libros?

- Para leerlos. Bueno me voy que llego tarde.

Se despidieron de don Luís y prosiguieron su marcha. Félix, cansado de hablar con la anciana, comenzó a observar el camino que pisaban. Se fijó en una hilera de diminutas hormigas que transportaban migas de pan. Cada hormiga ocupaba su plaza orgullosamente, ninguna aceleraba y ninguna se detenía, todas caminaban ordenadamente una detrás de otra, sin inmutarse ante ningún peligro.

Félix tomó una rama y con un rápido movimiento apartó una hormiga, le hacía gracia como la hormiga corría en todas direcciones desorientada, era incapaz de encontrar el camino de vuelta al hormiguero; se preguntó entonces si alguna de ellas sabría realmente el trayecto de vuelta, pensó que seguramente la única que lo conociera sería la primera en la fila, las demás se limitarían a seguirla.

Avanzó hasta el inicio de la hilera, la hormiga que marchaba primera no se diferenciaba un ápice de las demás, y sin embargo, Félix quiso probar su teoría y la aplastó. Por unos instantes las hormigas más próximas parecieron alterarse pero pronto recobraron el rumbo como si la hormiga guía jamás hubiese existido.

- Félix querido, ya hemos llegado- dijo doña Julia

Félix alzó la mirada, se encontraban en Setula, el pueblo más grande de toda la región. Setula tenía algo que lo diferenciaba de las otras aldeas, pero realmente nadie sabía qué.

- La iglesia está a una hora a pie de aquí, anunció don Gabriel solemnemente.

- Lo mejor será alquilar un coche, le contestó doña Julia.

Comenzaron a recorrer entonces las calles de Setula en busca de alguien a quién arrendarle el auto. Las calles eran anchas y hermosas, y las casas lucían coloridos balcones repletos de flores decorativas, era un pueblo muy bello, sin embargo, las aceras estaban vacías de personas y repletas de palomas paseándose altivamente.

- Dichosas palomas, no hacen otra cosa que ensuciar- se quejó doña Julia.

Finalmente, en un llano, descubrieron un negocio de coches. Al acercarse, comprobaron que apenas tenían cinco coches en stock, todos ellos autos viejos, pero no necesitaban demasiado.

- Buenos días, ¿tiene usted algún coche en alquiler?- preguntó don Gabriel.

- Sólo ese- dijo el dependiente señalando uno verde en no demasiado buenas condiciones.

-¡Nos lo quedamos!- proclamó doña Julia.

Don Gabriel la miró de reojo y a continuación pagó al hombre.

El dependiente le entregó las llaves a don Gabriel y le comentó a qué hora debía devolverlo; después salieron de la tienda y estrenaron el coche, a pesar de su mal aspecto, por dentro era bastante reconfortante, o eso le pareció a Félix.

El que coche recorría a trompicones la carretera mientras Félix observaba a través del cristal las campiñas de Setula.

- ¿Gabriel donde llevas el broche para Adriana?- preguntó doña Julia.

- Pensé que lo llevabas tú.

- ¡Lo dejé en la mesilla para que lo cogieras!

- No me lo dijiste.

- ¡Nunca te responsabilizas de nada!

- Mira ahí hay una joyería, compra uno nuevo y ya está.

Don Gabriel sacó de su cartera un puñado de monedas y se las dio a doña Julia.

- Félix cariño, ¿te importaría comprarlo tú?, estoy un poco cansada de la vuelta de antes- dijo doña Julia con una sonrisa.

Félix, que había tratado de mantenerse al margen de la conversación, no tuvo más remedio que aceptar. Tomó las monedas, bajó del coche y entró en la joyería. Era una tienda muy glamurosa, con vitrinas saturadas de anillos de oro y pendientes de todos los tamaños. Se acercó al mostrador y agitó la campanita para llamar al dueño. Casi inmediatamente apareció tras el mostrador un anciano de cabello blanco, enjuto y barbudo.

- ¿En qué puedo servirle caballero?- preguntó cortésmente.

- ¿Tiene broches de oro?

- Sí, claro.

El anciano se sumergió en las profundidades de su tienda en busca del broche, y al cabo de unos segundos regresaba triunfante con una caja de madera recubierta con terciopelo verde.

¿Cuál te gusta más?- le preguntó mostrándole el interior.

Ignorando la pregunta, Félix cogió el primero que vio y dejó caer las monedas sobre el mostrador.

- ¡Gran elección, vuelva pronto!

Félix abandonó la tienda y trató de buscar el coche con la mirada, pero no lo consiguió, de hecho, la calle estaba ahora atestada de gente. Sin

alterarse demasiado comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre.

¿Dónde se habrán metido?, se preguntó un poco irritado. De pronto vio el auto, estaba aparcado unas filas atrás, aliviado caminó hacia él mientras maldecía a la pareja de ancianos por haber hecho bajarse a él. Entró molesto en el coche y cerró violentamente la puerta.

- ¡¿Quién es usted?! ¡Bájese ahora mismo del coche!

Un hombre musculoso de cabello cobrizo comenzó a chillar a Félix.

- Tiene que ser un malentendido, este coche está alquilado por una pareja de ancianos.

- Este coche es de mi hermano, él me lo ha prestado. ¡Ahora bájese antes de que le rompa los dientes!

Félix quedo prendado por la voz del sujeto, era una voz aflautada, casi femenina.

- Tranquilícese, ya me bajo.

Félix se sentó en un banco a esperar, y observó como poco a poco aquella concurrida calle se desangraba hasta convertirse de nuevo en un callejón marchito.

14

La malgama de vampiros vomitaba a Félix para a continuación volverlo a engullir, atrapándolo una y otra vez en su pasatiempo infernal.

- ¡Soltarme!- clamaba Félix sollozante.

Las figuras deformes le contestaban con risas aterradoras mientras lo agarraban, lo golpeaban y lo retorcían. Félix chilló de dolor hasta que la garganta se le inundó de sangre.

Los vampiros lo liberaron, este se dejó caer en el suelo. No era consciente de su propio cuerpo, dolorosamente consiguió tumbarse boca arriba, esperando a que las bestias remataran la faena. Pero no lo hicieron.

En el techo se estaba formando un mancha negra, los vampiros la miraban, Félix la miraba, y la mancha crecía.

Cuando alcanzó una masa considerable se desprendió, como gota de

lluvia, dejando un charco a pocos centímetros de Félix.

Los vampiros seguían en silencio, y mientras el charco comenzaba a tomar forma humana. Félix arrastrandose trataba de alejarse.

Se había eregido en aquel festín de la muerte, un ser aterrador. Félix lo reconoció al instante, era el Rey de los vampiros.

15

Era un monstruo blanco casi translúcido, sus colmillos parecían cimitarras persas, y sus ojos, lunas de sangre. Miró a su alrededor extrañado como un niño al nacer, y al ver a Félix tendido en el suelo se le dibujó en el rostro una espeluznante sonrisa.

- Por favor, no me torture más y acabe conmigo cuanto antes.

- ¿Cuál es tu nombre?- preguntó solemne el Rey de los vampiros.

- Félix.

- ¿Eres un vampiro?

- No.

- ¿Y por qué estás entonces en el castillo de los vampiros?

- Me he perdido... si me deja ir prometo no volver, se lo juro.

El vampiro arrancó del suelo a Félix. Y con una desmesurada brutalidad lo tomó del cuello apretando los nudillos, como si la garganta de Félix fuera un bote de pasta dental.

- No me gusta que me engañen, por eso yo no engaño.

Los aullidos de Félix se ahogaban antes de llegar a su boca.

- Los vampiros no somos bárvaros por lo que no voy a extrangularte. Pasarás la noche en una celda y mañana te proporcionaremos una muerte tan digna como dolorosa.

Félix, que había perdido la conciencia al término de la declaración de su propia muerte, cayó en los brazos gaseosos de los súbditos. Estos volvieron a aglomerarse y alegremente arrastraron el cuerpo de Félix

hasta las mazmorras.

16

El alboroto del castillo no tardó en poner fin a la escasa media hora de sueño de Félix. Con cierta dificultad despego los párpados casi soldados por las legañas y poco a poco se incorporó sintiendo en todas sus articulaciones un inmenso dolor recordatorio de la noche pasada. Finalmente se puso en pie.

La celda estaba tan cerrada como una caja fuerte, pero Félix podía escuchar voces pegando su oído a la puerta.

La celda era minúscula, y las paredes eran de un mármol tan frío que por un momento Félix pensó derretirlo con su aliento. No obstante, la puerta desentonaba con el resto del habitáculo; se trataba de una puerta de acero, sin ningún tipo de mirilla ni pomo, de hecho ni siquiera tenía cerradura. En ese momento, Félix que había vuelto a sentarse, se acordó de que don Federico y su abuelo se habían alimentado de ratas durante su estancia; pero no podía imaginar como un animal podría entrar y salir de aquella prisión. "Quizás estuvieran en una celda distinta", pensó. En ese momento la puerta se abrió.

- ¡Atarle las manos!- ordenó uno de los vampiros.

- No es necesario, no voy a resistirme.

Los vampiros amarraron sus muñecas y tiraron de él. Fueron atravesando salas en penumbra y pasillos ruinosos hasta que salieron al exterior. El sol era cegador, pero el viento era cortante.

Félix echó un vistazo al paisaje que ayer mismo había atravesado inocentemente, parecía que hubieran pasado cien años desde el día que abandonó Tapalpa en lugar de cinco días.

El corro de vampiros con Félix en el centro dio la vuelta al castillo. Detrás de este, se hallaba un descomunal lago verde que se extendía hasta donde su mirada alcanzaba. Allí se econtraba el rey de los vampiros, acompañado por ordas de vampiros esperaban ansiosos la ejecución.

-¡Acércate! - ordenó el rey de los vampiros.

Liberaron las muñecas de Félix y este fue acercándose lentamente hasta el monstruo. Al llegar su orgullo se desvaneció y comenzó a llorar.

- No llores, no vas a morir, he decidido darte una oportunidad para ganarte un sitio en el castillo. Te subirás en esa barca y navegarás por el lago durante tres noches, si consigues volver pasado ese plazo, entrarás en el castillo y serás bien recibido. Pero no trates de engañarme.

Apuntó con su dedo a una colina lejana, en la cima de esta se entrevían las siluetas de cuatro perros. - Si regresas antes del plazo esos perros te matarán.

Félix sonrió agradecido. El rey de los vampiros hizo un gesto y sus subditos arrastraron la barca hasta el agua. Félix saltó dentro del bote y comenzó a alejarse de la orilla. Los vampiros le seguían mirando fijamente.

- Pobre idiota, la horca hubiera sido más rápida - dijo el rey de los vampiros entre risas.

Félix remó hasta que dejo de ver la orilla.

17

La barca seguía avanzando por las verdosas aguas del lago, Félix movía los remos rítmicamente pero cada vez más despacio. Estaba cansado y no veía nada peligroso en el lugar.

- Bueno, descansaré un rato - se dijo a sí mismo. Despegó los remos del lago y los colocó en el suelo de la barca. Félix se tumbó junto a ellos y cerró los ojos. Todavía no podía creer como los vampiros habían sustituido su ejecucción por este castigo de niños. Sonrió y se quedó dormido.

Un golpe sacudió la barca. Félix despertó sobresaltado y miró a su alrededor, pero nada parecía haber cambiado. De pronto el bote sufrió otro impacto aún mayor. Alarmado, metió la cabeza en el agua y entre la suciedad vislumbró la sombra de un pulpo descomunal. Sacó la cabeza, agarró los remos y comenzó a escapar, sin embargo el ejendro lo seguía por debajo ágilmente.

Era inútil perderle la pista al monstruo por lo que Félix tomó uno de los remos dispuesto a golpear al pulpo con la esperanza de matarlo.

El agua comenzó a formar ondas cerca de la barca, Félix se levantó tembloroso sosteniendo el remo sin demasiada firmeza. Poco a poco el animal fue emergiendo y Félix a su vez se preparaba para darle el golpe final, sabía que no podía fallar. Pero el pulpo no esperó ha haber salido a

la superficie para lanzar furiosamente su tentáculo contra la barca.

La barca recibió el ataque y se partió en dos mitades casi perfectas. Félix consiguió apoyarse en un remo flotante. El tentáculo, como si de una serpiente constrictora se tratase, abrazó su pierna y lo arrastró hasta las profundidades del lago.

18

Félix se despertó dolorido, la cabeza le daba vueltas y sus piernas lo torturaban con incómodos pinchazos. Se frotó los ojos y se levantó. Ya no estaba en la barca.

Se encontraba en mitad de un vasto desierto blanco. Félix comenzó andar. La arena de aquel desierto era blanda y húmeda, se hundía con cada pisada que Félix daba. A medida que caminaba, Félix iba recordando con más detalles el ataque del pulpo. De pronto se paró en seco. No tenía ni idea de como podía haber llegado a aquel desierto, lo último que recordaba era sentir como el monstruo lo ahogaba en el lago.

-Quizá esté muerto- consideró Félix. Sin embargo, si estuviera muerto no hubiera sentido dolor como lo había sentido al despertar.

Cuanto más trataba de pensar y descubrir dónde estaba peor se encontraba hasta que dejó de andar y se tumbó, en ese momento supo dónde estaba.

Varios metros por encima de su cabeza, las ondas de la verdosa agua del lago seguían bailando.